



El ministro español de Asuntos Exteriores, en Las Palmas.

Viaje africano de Marcelino Oreja

LA PUÑALADA A CUBILLO

LOS cuchillos que apuñalaron en Argel al cabecilla independentista canario Antonio Cubillo atravesaron también el portafolio del ministro de Asuntos Exteriores español, don Marcelino Oreja, que dos días después emprendía un viaje de aproximación política y diplomática por algunos países africanos, dentro de lo que puede suponer que será una amplia campaña española antes de la reunión de Jartum, en la que los jefes de Estado de la OUA volverán a plantearse el tema canario. Nadie dentro de España puede permitirse la insensatez de creer o sospechar que este atentado haya sido preparado por el Gobierno español o perpetrado por unos supuestos servicios paralelos que controlase este Gobierno. Pero la política violenta, la truculencia, es tan frecuente en el mundo de hoy, y especialmente en el núcleo de países envueltos en esta situación, que nadie podrá evitar acusaciones. Y la propaganda no se detiene en el escrúpulo de comprobar la veracidad de lo que le conviene decir o atribuir, ni siquiera detenerse en la verosimilitud. Ya uno de los más caracterizados miembros del MPAIAC, Domingo Acosta, ha dicho que la agresión era obra "del Gobierno colonialista español, que trata de eliminar la lucha del pueblo guanche por la libertad", aunque otros portavoces se hayan limitado a atribuirselo a la "extrema derecha": pero tantas veces han acusado al Gobierno español de estar en colusión con la ex-

trrema derecha y de permitir sus actividades violentas, que apenas existe una diferencia. El señor Oreja se apresuró a decir, aun en Las Palmas, que lamentaba el atentado "y —añadió— expreso la más firme condena contra cualquier violencia que se realice contra una persona". Será cruel, pero necesario, decir que la persona de Antonio Cubillo encarnaba una forma despiadada y violenta de hacer política en contra de las mayorías y que su línea no cesa: ya ha habido algún atentado reivindicado por su organización como "respuesta" y el anuncio —por el propio Domingo Acosta— de que "se acabaron los pequeños artefactos: en el futuro colocaremos en las islas bombas a gran escala". No cabe despreciar la amenaza. El MPAIAC ha demostrado tener más fuerza de la que el desdén oficial le quería atribuir: en su capacidad de violencia y en la capacidad de diplomacia, que le consiguió esa estúpida pero trascendental victoria de conseguir que la OUA considerase al archipiélago canario como territorio colonizado y al Gobierno español como colonizador.

No hay que atribuirselo todo al señor Cubillo y sus colaboradores. Hay una larga responsabilidad española conseguida en dos líneas: la torpeza de la descolonización y la torpeza en el trato a las provincias Canarias. Siendo un país cuyo último girón de imperio colonial costó al presupuesto general del Estado miles de millones de pesetas, cuya

amputación sólo podía ofrecer beneficios, lo hizo como a regañadientes, y sin monetizarlo en simpatías políticas y sin siquiera conservar algunas de las ventajas que han mantenido otros países. Lo hizo de prisa y mal, como en el caso del Sahara, y más en servicio de otros de los que querría esperar algo que en el suyo propio o en el de las poblaciones que se independizaban.

En cuanto a las provincias canarias, han sido largamente esquilimadas en sus riquezas que no han revertido en ellas. El abandono, la dejadez, la falta de soluciones para los problemas planteados de antiguo y multiplicados después, han producido en la mayoría de los canarios un sentimiento de decepción, de amargura y de busca propia de las soluciones, y en una minoría violenta, los actos disparatados de la violencia.

No es con un viaje por Mauritania, Senegal, Mali y Cabo Verde, uno de esos viajes apresurados y casi de escala en escala de que tanto gusta nuestro correccaminos señor Oreja, como se va a resolver la cuestión. Se puede estar buscando también por otras vías, como la cubana, cuya influencia en el progresismo africano es indudable, o como la de Washington, en quien siempre se ven remedios para todo y que tiene sus intereses estratégicos en la zona —entre otros, la propuesta de grandes bases aéreas en Canarias dentro de la OTAN, a la que nos conduce implacablemente

el señor Oreja, mandatario de su Gobierno y éste de su partido—; tal vez también en Francia, a la que se atribuyen muchos manejos en el grupo Mauritania-Marruecos-Senegal. El Gobierno haría mejor en apoyarse en la mejor pieza que puede tener en esta cuestión, que es el propio archipiélago canario. Que no tiene la menor intención de convertirse en africano. Pero tampoco en una base de los Estados Unidos, por la vía de la OTAN o por la directa. Y que en ningún caso está dispuesto a seguir hundándose en el camino del abandono y del desastre económico en que se encuentra, que le lleva cada vez más a un desastre social. No se trata ahora de "mimar" a Canarias después de haberla explotado y abandonado: se trata de hacer justicia.

Y sobre todo, de evitar dos grandes cuestiones: una, que se vean las islas metidas en el centro de una gran intriga internacional de intereses estratégicos, por una parte, y de luchas entre progresistas y conservadores del continente africano, por otra —que es, en el fondo, la misma—. Otra, que su propia angustia la lleve a una situación próxima a la guerra civil, o que se reproduzcan en ella las insostenibles tensiones de la que es víctima ya el País Vasco. Es una acción sobre Canarias y una acción con Canarias frente a las presiones lo que conviene en estos momentos: y ya es tarde.

La OUA es un problema secundario. No se trata de una inversión de votos en la reunión de este verano en Jartum, por el mismo y simple procedimiento por el que se buscan votos individuales en las Naciones Unidas. La OUA es un organismo desprestigiado desde hace muchos años —prácticamente, desde su fundación—, fácilmente manipulable, roto por dentro y, hasta ahora, incapaz de conseguir ninguno de los objetivos que se ha propuesto. No se plantea la cuestión de convencer, por los medios que sean, a unos cuantos altos dignatarios de cambiar su voto. Esa es diplomacia antigua y no resuelve los problemas.

Los problemas están en el punto donde se generan. Es sobre ellos sobre los que hay que actuar.

El viaje del señor Oreja, viaje apuñalado al mismo tiempo que el señor Cubillo en Argel, hubiera sido escaso ya sin esta sombra del crimen. No parece casual que se haya cometido en las vísperas del viaje. Habría que buscar entre los interesados —grupos o países— de que ese viaje fracasase la posible culpabilidad del atentado. Pero quienes lo han perpetrado, si tenían esa intención, han desmesurado el carácter del viaje diplomático. Carecía, en sí, de transcendencia auténtica. ■